

la guarnición de Madrid, y se puso en salvo la junta Central, que era á la sazón el gobierno legitimo de España, de modo que cuando quiso el enemigo perseguir las tropas auxiliares, y desconcertar la nación privándola de su gobierno, ya no le fue posible alcanzar á éste, y solo pudo con dificultad batirse con los ingleses casi á la orilla del mar, habiendo sufrido considerables pérdidas en su azarosa marcha, y sacado bien poco fruto de sus armas en el reino de Galicia. Esta fue la primera ocasion en que dijo hablando de los ingleses, que era mas difícil el alcanzarlos que el vencerlos, y la en que con mas verdad pudo haber dicho que era más facil entrar en el reino de Galicia que salir de él, porque en efecto se apresuró á salir de tal modo que cuando todos le creían cogiendo el fruto de su decantada victoria, remaneció de repente en el palacio de Marrac en Bayona, admirándose de verse en él, y resuelto, segun se vió depues, á no volver á pisar el territorio español, aunque sí á inundarle de ejércitos que vinieron á destrozar, y fueron destrozados.

Con gusto se deslizaría la pluma de unas otras acciones, y partiendo del día en que los habitantes de Madrid hicieron frente al mayor de los guerreors, y contuvieron su ímpetu, describiria con noble entusiasmo los

gloriosos empeños de los pueblos y de las tropas á cuyos ecos se despertó la Europa para admirar una serie no interrumpida de acciones campales conseguidas en España, y después en Francia, por una nación llamada la última contra otra tenida por la primera, en su opinion á lo menos; pero ni yo me impuse este deber, ni puedo ya permitirme digresiones por interesantes que sean, que renueven memorias de horror y de sangre, aunque gloriosas; el navegante que divisa el puerto hace alarde con gusto de las borrascas que sufrió con entereza durante su navegacion, pero su corazon está todo en el muelle, y solo se aplaude de su valor y de su ingenio en cuanto le sirvieron para su feliz desembarco; navegué con impaciencia anunciando los escollos que superó con gloria la nación por espacio de diez meses, navegó toda ella después por cinco largos años contra deshechos vientos, sufrió una calma de seis en la inaccion y el aturdimiento, y yo anhelo ya por instantes llegar con ella al puerto en el venturoso:::~:



Dia 9 de marzo de 1820.

Brotó por fin en la primavera del 20 la sangre que derramaron nuestros hermanos desde el 8 al 14, y la divina Providencia ante quien está siempre patente el corazon y el entendimiento de los hombres, fulminó los designios de los malvados, y obró una especie de redencion segunda cuyos frutos solo á su ciencia infinita es dado prever hasta donde se extenderán en beneficio de la especie humana. Demos á Dios lo que del todo es suyo, que harta gloria nos redunda de haber sido los objetos de su predileccion, y para ello reflexionemos un momento si pueden hacer, ó han hecho alguna vez los hombres lo que se obró en este dia.

Si desenvolvemos los anales del mundo, tropezamos en cada página con desastres horrorosos cohonestados con la idea de dar á los hombres leyes, hallamos solo una vez mal cerrado el templo de Jano, y vinculada á los poetas por fabulosa la descripcion de la edad de la inocencia, uno que otro rasgo de virtud

deja de tiempo en tiempo respirar al lector sensible, pero nunca llega á encontrar la época que busca y desea; ¡ los anales del mundo están escritos con sangre!

Si nos queremos hacer justicia á nosotros mismos, debemos reconocernos por unos seres dotados de una razon muy debil, contrastada por unas pasiones muy fuertes; y de la reunion de millaradas de hombres de esta composicion no debemos prometernos jamas la paz, la felicidad y la concordia que solo puede producir la razon despues de sojuzgadas las pasiones: luego los hombres por sí no han hecho nunca, ni podido hacer una obra tan grande y tan completa como la que se hizo en este dia: veamos cual fue, y demos las gracias á su inefable Autor; reservándonos el placer inapreciable de disfrutarla.

¡Cuál fue!::: Presentar al Rey la voluntad general de la nacion, lograr su convencimiento, y proclamar el gobierno apetecido sin derramar una gota de sangre en pocos minutos. ¿Y cómo se hace esto? Como se ha hecho, inspirando el Dios de paz en los corazones de los que promovieron la grande obra sentimientos indefectibles de moderacion, de respeto, y de orden, debilitando él mismo los consejos y enervando las fuerzas de los que podian tener interes en oponerse al bien general, agitando

en el corazón del Monarca los latidos del amor paternal, y fomentando á un tiempo mismo en los espíritus de todos los españoles la grandiosa y sublime idea de cimentar la felicidad general sobre el perdón generoso de las ofensas individuales, y sobre el olvido absoluto de los mayores sufrimientos. Todo esto era menester para llevar á su perfección el gran designio que concibieron pocos y auxiliaron al fin todos, y es bien seguro que ni la política ni la filosofía por mas alarde que hagan de su felicidad en la indagación de las causas, acertarán jamas á explicar las de una transformación no solo única en su especie, sino asombrosa, y casi increíble en sus pormenores; es preciso presentar las dificultades para conocer á fondo el mérito de la obra, y aun mas todavía para no aventurar sus preciosos resultados.

Todo gobierno existente tiene á su favor la fuerza, el apoyo de los que se hallan en él opulentos y bien considerados, el silencio de los que sin dejar de conocer y de llorar los males no se creen autorizados para excitar movimientos que puedan remediarlos, y la costumbre de sufrir que dejan por herencia los padres á los hijos en la clase llamada vulgar que es la mayor del pueblo, y así para que se verifique una mudanza de gobierno, ó es

menester que llegue la mayoría de los miembros de un estado á un grado tal de ilustracion que les haga conocer su propio envilecimiento, ó que los males pesen de modo que lleguen á hacerse insufribles. En el primer caso la operacion es sumamente lenta porque no puede menos de serlo la propagacion de las luces á que se oponen con teson y fiereza los bien hallados con el gobierno que las luces desacreditan. En el segundo, la explosion es repentina, terrible y poco ventajosa, porque no aspira directamente á conseguir el bien futuro, sino á sacudir el mal presente. Aun en el caso primero en que se camina con direccion á mejorar de suerte, es sumamente difícil allanar los caminos de modo que en la crisis de la mudanza no sobrevengan males, porque al deshacerse un antiguo edificio siempre se desploma de repente alguna parte de él, que entierra á los operarios, y así es fuerza convenir en que toda la prudencia humana no es capaz de preparar una mudanza de gobierno que no cueste desdichas y lágrimas á los que la preparan y á los que han de gozar de sus ventajas. Por eso el famoso autor del *Pacto social* cuando en su edad madura le pidieron los polacos un código, se negó á complacerlos á pretesto de que los mayores beneficios que podian prometerse los hombres de

una mudanza de gobierno, no equivalian al horror; á la sangre y á la desolacion que era menester padecer para lograrlos.

Por cuál de estos dos medios se hayan realizado las mudanzas más notables conocidas en el continente, es un problema no muy fácil de resolver, pero sobre el que es preciso tocar algo para relevar á su tiempo el mérito de nuestra grande obra. Cuando nacimos al mundo los que estamos próximos á salir de él, ya resonaban en casi toda la Europa los progresos de la nueva filosofia que alarmó los gobiernos, porque entre otras muchas máximas detestables, contenia algunas que anunciaban al hombre su dignidad y su abatimiento. En unas partes la proscribieron los políticos, en otras la fulminaron los ministros de la religion, y en unas y otras la persecucion añadió estímulos al deseo, de modo que todos querian parecer filósofos sin saber en qué consistia el serlo. Nuestra nacion, que según la expresion de los imparciales ultramontanos camina en el reinado de las luces con un siglo de atraso, empezó á mirar con alguna atencion hácia los fines del siglo diez y ocho los efectos que producian las nuevas doctrinas en el pais de su nacimiento, y no tuvo mucho que hacer para no envidiarlos en el suyo, porque no vió mas que horrores, que si hubieran po-

dido ser consecuencias de las luces hubieran obligado á desear que las luces se extinguieran y cedieran su imperio á la apacible ignorancia, porque el volver poco mas ó menos al cabo de treinta años de espantosa revolucion al punto de donde se habia partido para mejorar de gobierno, no es ciertamente un resultado que haga mucho honor á la propagacion de las luces.

Pero fue en la realidad la pobre filosofia la causadora de tan graves males, y mereció por ellos la execracion de los hombres sabios, religiosos, prudentes y benéficos? Celosos indiscretos que por tanto tiempo tuvisteis encadenada la opinion, sin conceder á la razon humana fuerzas para detestar el mal y apreciar el bien, y vosotros crueles politicos que sin desconocer dónde estaba el bien sancionásteis la opresion para que nunca pudiésemos librarnos del mal, leed para vuestra eterna vergüenza las máximas que adoptan y propagan los periodistas españoles en los primeros momentos de la libertad que son los mas peligrosos, y vereis que la instruccion no es enemiga de la religion ni del juicio, que es el mas firme baluarte del respeto y del orden, y que no estaba nuestra nacion ni tan ignorante como la deseábais, ni tan desmoralizada como la suponíais.

Hablemos el lenguaje de la verdad ante una nacion dignamente libre, ante un Monarca mas grande en el espacio de un mes que los mas celebrados en el espacio de siglos enteros, y ante un Dios en fin á quien nunca hemos rendido gracias mas sinceras que en el dia, porque nos ha agoviado á fuerza de beneficios. La Francia era una nacion ilustrada, pero los que prepararon su revolucion aspiraban á sus fines, y para ello mezclaron la cizaña con el trigo, y prepararon astutamente una subversion de principios que no podia menos de producir la revolucion que produjo. Sancionaron la diguidad del hombre, pero erigiendo á cada individuo de la sociedad en un d3spota, independiente de todos sus semejantes; predicaron la libertad, pero exenta de todo freno civil y religioso; canonizaron la igualdad, pero no ante los ojos de la ley sino ante el tribunal de las pasiones de cada uno; anunciaron la felicidad, pero la fijaron en el disfrute de su imaginaria igualdad y libertad; y así desquiciaron el orden social, que era lo que querian los unos para saciar su rabia, y los otros para esclavizar á sus semejantes. Esto no es ilustración, sino desenfreno, procacidad, orgullo, irreligion, y cuanto se quiera de malo, y por lo mismo no ha producido los efectos á que lo destinaron sus au-

tores, sino pasageramente en Francia, ni ha servido en España mas que para obligarnos á reconocer mas y mas la necesidad de conservar los principios sociales enteramente subordinados á los religiosos: no, amados compatriotas, no son las luces las que causaron la última convulsion aun mal sentada de la Europa, sino los vicios y la desmoralizacion en que se hallaba una gran parte de ella, y de que por fortuna nos habia preservado la Providencia á nosotros.

De las mudanzas de gobierno debidas á la explosion popular que produce infaliblemente el agravamiento continuo de los males, es bien facil decir que son siempre precarias y á cual peores porque la experiencia lo tiene así demostrado con ejemplares muy repetidos. Cuando un pueblo sacude el yugo que le oprime por no poderle sufrir, se entrega él mismo en el furor de sus desórdenes al primer conductor que se presenta á manejarle, este le rige mientras sale á la palestra otro mas astuto ó mas feliz que le quite la opinion, y va pasando así rápidamente de unas en otras manos á cual mas impuras hasta que la fuerza armada las desquicia todas, y erige un trono de yerro temido por algun mas tiempo, pero cuya dureza insufrible obliga al fin á buscar como remedio el yugo sacudido en el

principio que la sangre y las desolaciones sufridas hacen ya parecer suave. Este es el orden comun y no puede dejar de serlo, porque siendo siempre unas mismas las causas, lo han de ser tambien necesariamente los efectos.

Largas edades pasaron sin que los hombres viesesen otras mudanzas que las que preparó la opinion siempre sofocada por la ambicion y el egoismo, ó las que brotó el desenfreno á consecuencia de la tiranía, y ya casi desconfiaban los sabios juiciosos de que pudiesen corresponder los resultados á las teorías mas bien entendidas, cuando la nacion española ha dado al mundo el magnífico espectáculo de una transformacion debida únicamente á la propagacion de las luces en un pueblo virtuoso. He aquí, amados compatriotas, lo que es indispensable que reconozcan y confiesen todos los mortales, ellos admiran hoy la felicidad instantánea del movimiento que la produjo, pero esto no basta, es menester que admiren la grandeza de sus causas y que convencidos de la infalibilidad de sus preciosos efectos, labren por imitacion su dicha desengañándose de una vez para siempre de que sin virtud no hay gloria, para lo cual será bueno que les anticipemos algunas lecciones prácticas que nos sirvan de paso á nosotros tambien para evitar algunos escollos que pu-

dieran retardar todavía algun tanto el complemento de nuestra felicidad.

Lo que la voluntad general de la nacion de acuerdo con el rey ha sancionado para siempre, es la Constitucion política de la monarquía, promulgada en Cádiz en el año de 1812; en Cádiz á cuyo recinto estaba casi concretada á la sazón del todo la España peninsular; en Cádiz sitiado horriblemente por los franceses y en donde por consecuencia hasta la representacion nacional tenia que ser suplida en gran parte. Allí á la sola vista libre del inmenso Océano y entre el ruido espantoso de los morteros y de los cañones, una corta porcion de representantes cuyos nombres eran apenas conocidos entre nosotros mismos, acatando la sabiduría de nuestras antiguas leyes y recordando los tiempos de Lain Calvo, y Nuño Rasura, de los fueros de Aragon, Sobrarve y Sepúlveda, y de nuestras antiguas Cortes nacionales, fijó la observancia de las santas leyes señalando límites justos á los poderes necesarios para hacerlas respetar, y lo hizo con tanta felicidad, que le fue dado esperar que la nacion entera cuando llegase á reflexionar lo que habia acertado á merecer, se empeñara en ser regida por un Código en que veía estampadas las bases indefectibles de su felicidad futura.

Sí, extranjeros admirados, sí, mentidos españoles, ó enemigos natos de vuestros semejantes, que quiere decir lo mismo, la Constitución encierra las bases indefectibles de nuestra felicidad y engrandecimiento futuro, y por eso no ha querido la nación al tiempo de despertarse, congresos que en el seno de la paz la diesen leyes, sino la ley que la dió la sabiduría en el furor de la guerra; abridla con imparcialidad, leedla con verdad, medítadla sin preocupación, y conoceréis su mérito como lo ha conocido el glorioso Monarca á quien tal vez mirais con desvío en los días de su mayor merecimiento. Pero para qué me fatigo en dirigiros la palabra si no sois hombres dóciles á la voz de la razón, ni estais dotados de un corazón sensible que pueda inclinaros á hacer con gusto un pequeño sacrificio de vuestro interés, ó de vuestra opinión al bien general? A vosotros me vuelvo, hombres sencillos, que componeis la mayoría de la nación, y para evitar el abismo en que podrán aspirar á precipitarnos los que lo esperan todo de vuestra misma sencillez y respeto, trato de haceros ver que en la Constitución que habeis jurado están todas las instituciones de nuestros padres sin que haya un solo renglon dictado por la impiedad, ni una sola máxima que no aleje para siempre

de nosotros los males que han experimentado otros pueblos por haber desconocido los únicos principios sobre que es permitido á los hombres esperar felicidad en sus gobiernos.

Lo primero que os dirán vuestros seductores con voz trémula y gesto fulminante será que nuestra Constitucion es una copia literal de la de los franceses en el tiempo mas fiero de su revolucion, y que las bases de esta conspiraban directamente á la destruccion del trono y del altar; pero el Código frances sancionaba la tolerancia de religiones y de cultos, igualando en los derechos civiles á todos los ciudadanos cualquiera que fuese su profesion religiosa; y nuestra Constitucion, dice: "que la religion de la nacion es
 „pañola es y será perpetuamente la católica,
 „apostólica romana, única verdadera, que la
 „nacion la protege por leyes sabias y justas,
 „y prohíbe el ejercicio de cualquiera otra." Por sencillos que seais vosotros, y por astutos que sean vuestros inquietadores, ¿podreis dejar de conocer, no como quiera la diferencia, sino la diametral oposicion que hay entre el uno y el otro Código en la parte mas esencial, y de tendencia mas directa á la felicidad presente y futura de los mortales? ¿Quedareis expuestos con esta ley al frente á vivir entre gentes de religion desconocida, ó á te-

mer que os contagien los hábitos de su infestado aliento? ¿Recelareis con fundamento que pueda degenerar la religion en vuestros hijos? No lo temais, la religion está sancionada, todo otro culto está proscrito, sereis católicos, lo serán vuestros nietos mas remotos, y no podrán dejar de serlo sin dejar de ser españoles: esta es la ley, y el que os la presente de otro modo es su mayor infractor, el mayor reo delante de ella, y acreedor á toda vuestra indignacion, porque no aspira á nada menos que á haceros malos ciudadanos, atizando la tea de la discordia en nombre del Dios de paz, á cuyos dignos ministros restituye la misma ley el lleno de sus facultades para dirigirnos en el camino de la salud.

Os dirán que el reino español es constitucional, como lo fue el de Francia, los pocos meses que bastaron para verter en un suplicio infame la sangre de los reyes; no, hombres sencillos, el gobierno de la nacion española es una monarquía moderada hereditaria, cuya sucesion está prevista y arreglada en la ley para todos los casos posibles siendo en todos ellos la persona del Rey sagrada é inviolable, y llena de atribuciones propias de su alta dignidad con absoluta exencion de todo género de responsabilidad. Esto es hacer al Rey